

La Ciudad de Nicolás Gless

Francisco Calvo Serraller. Doctor en Historia del Arte por la Universidad Complutense. Profesor de Historia del Arte en dicha Universidad.

Ángel González nació en 1948. Doctor en Filosofía y Letras (Sección de Arte) por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de Historia del Arte en la Real Escuela Superior de Arte Dramático y Danza de Madrid y también en la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente es profesor adjunto interino de Arte Moderno y Contemporáneo en la Universidad Complutense de Madrid.

El número de los que esperan la definitiva ruina de las ciudades aumenta día a día; y no en vano: tienen ya a su favor indicios suficientes y, sin duda, convincentes. El éxodo de los que renunciaron a una ciudadanía llena de sinsabores comenzó hace muchos siglos, aunque nadie sabe a ciencia cierta qué fue de ellos. Quedan, sí, relatos literarios, crónicas fabulosas y alguna descripción fantástica de lo que encontraron, de lo que soñaron. En los primeros tiempos esperaban descubrir nuevas ciudades, más hermosas y mejor administradas; luego, cuando la idea misma de ciudad fue condenada, campos, selvas y grutas. A grandes males, grandes remedios: entre la Sforzinda de Filarete y esa ubicua Nowhere de la que por William Morris nos llegan noticias, anda por medio la miseria institucionalizada de un estado industrial que reduce la lógica de la producción a la *reproducción artificial de la naturaleza como mercancía*. Sforzinda, como tantas otras ciudades ideales del pasado, alcanzaba su perfección en la geometría, reconciliando así artificio y naturaleza: una misma ley regía el trazado de las calles y la alternancia de los vanos en las fachadas, pero también el curso de los ríos y el movimiento de las constelaciones. Para Morris, sin embargo, toda ciudad está mal-dita. En Nowhere, del mugriento Londres que pintara Doré no queda nada; se ha desvanecido, y en su lugar campearan prados y alquerías. Nowhere es, simplemente, una reconstrucción de la Toscana renacentista, pero sin tirano ni peste, un *pastiche* en definitiva. Al menos Ruskin, cuando defendía la Edad Media ante sus escépticos

contemporáneos, no escamoteaba la sangre.

La revolución industrial sembró vientos y nosotros hemos recogido tempestades; tempestades que se amontonan sobre las ciudades, pues es allí donde se amontonan las mercancías. Las plagas nos cercan y nos asolan; y cuanto más espantosas y malolientes, mayor es el candor de los profetas de las catástrofes. Los *fourieristas* y *cabetistas* del siglo XIX abandonaban las sórdidas ciudades de su época para entregarse pasionalmente a la recolección de frescas tempranas, a los cantos y al juego de la cucaña; los modernos enemigos de la ciudad se refugian en los yermos que la lógica productiva del sistema desecha, para purgar piadosamente los pecados de la nueva Babilonia. Pero el siglo XV de Morris o la Tebaida en que hoy tantos se fustigan no es todavía la soñada reconciliación con la naturaleza. Esta quedó desencantada cuando los hombres se dieron un nombre y se reunieron para construir ciudades, cultivar los campos e inventar las artes: las hermosas joyas que adornan a los habitantes de Nowhere constituyen un momento de ese proceso de desencanto de que hablaba Max Weber y que Plinio el Viejo llamó *perditus nepotatus*, la herencia perdida; esas joyas son un episodio más de la historia de la razón, episodio que, por cierto, ni la desmiente ni la confirma.

Allí donde los hombres pactan entre sí, allí está la ciudad, sea Troya o sea la asamblea de los aqueos junto a las naves. El resto: muros, templos, palacios y mercados, constituye tan sólo la posterior reificación de las funciones y especialidades que aquel pacto pri-

mero contemplaba. Todavía en el siglo XVIII, cuando fundar una ciudad equivalía inequívocamente a escribir sus leyes en materiales duraderos, los teóricos de la arquitectura evocaban aquella edad en que *l'abri du pauvre*, según reza un grabado de Ledoux, era la tolerancia de los dioses con su desnudez, o discutían el origen natural de la casa y del templo, como olvidándose de que ya en Egipto el faraón, para consolidar su hegemonía, para materializarla, debía adueñarse de cuantos edificios hubieran levantado sus predecesores. Al evocar el tópico vitrubiano de la *cabaña*; al poner, como hizo el propio Ledoux en su proyecto para las Salinas Reales de Chaux, la ciudad bajo la protección de las esferas, pretendieron, por última vez quizá, romper el hechizo y volver a oír el canto de una naturaleza desencantada, sin renunciar a cambio al pacto que los había desnaturalizado, ensordecido. Y no al azar llegó por aquellos mismos años el mentís postrero a esa obsesión naturalista llena de amargura: el descubrimiento de Herculano y Pompeya puso de manifiesto que una ciudad no es sino un conjunto de artefactos. No por estar vacías de hombres parecieron, sin embargo, inexpresivas; así, Schiller escribió en su *Pompeya y Herculano*:

¡Oh, nada se ha perdido! Todo, todo, fielmente conservado aquí palpita: hasta el penate junto al dios se lanza.

La arqueología, en cuanto encarnación lúcida del historicismo, concede definitivamente a nuestras ciudades su destino de almacén de imágenes.

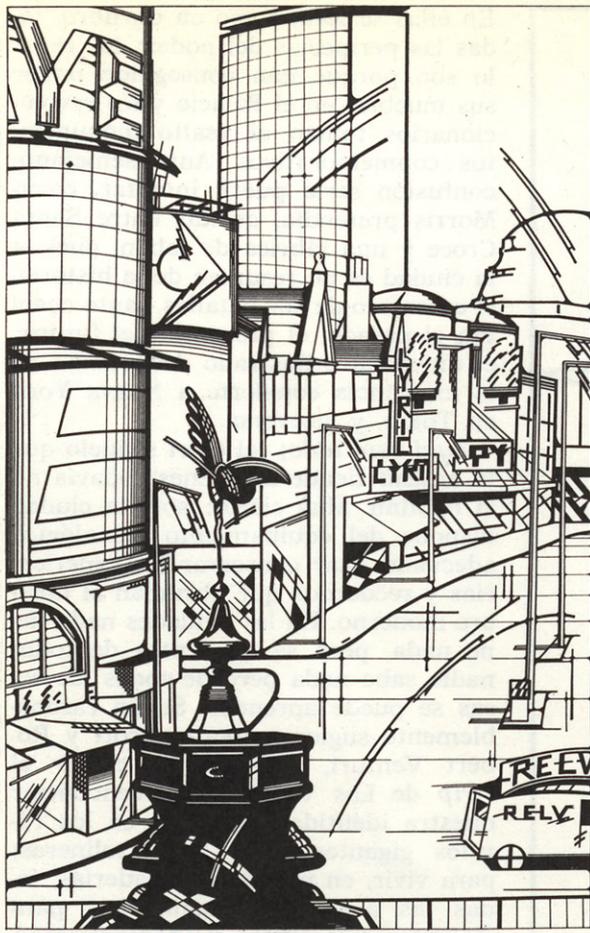


En ellas se leen, como en un libro, todas las peripecias del poder: los reyes lo son porque han conseguido meter sus muebles en el Palacio y los revolucionarios toman al asalto monumentos conmemorativos. Ante semejante confusión sería pueril intentar, como Morris pretendía, decidir entre Santa Croce y una fábrica de jabón, pues si la ciudad es un resumen de la historia, el escenario de sus batallas, tanto cuentan el pasado, el presente y el futuro: el universal e ilustrado despotismo de la mercancía convierte a Nueva York en Tokio, y viceversa.

Aquí está todo; tal es el señuelo que la ciudad tiende a quienes todavía no la habitan. Muy cierto: sólo la ciudad dispone del equipamiento tecnológico adecuado para conservar las experiencias y recuerdos que abruma al hombre moderno. En las ciudades nada tiene nada, pero se encuentra de todo; nadie sabe nada pero de todas las cosas se puede aprender. Según razonablemente sugieren Denise Scott y Robert Venturi, basta con recorrer el *strip* de Las Vegas para reencontrar nuestra identidad histórica en los rótulos gigantes y en las gasolineras; para vivir, en moteles y heladerías, todas las aventuras imaginables; para disfrutar, en casinos y aparcamientos, del singular espectáculo de nosotros mismos.

En las ciudades dormimos el sueño de la Historia, hipóstasis de nuestros propios sueños; pero si alguna vez despertamos, allí despertaremos. Como aquel Randolph Carter de Lovecraft, viajamos sin descanso hacia la ciudad de los dioses, la magnífica y desconocida Kadath. Llegamos y está abandonada. ¿Dónde se fueron los Inmortales? Mientras en sueños los buscábamos por los más remotos y tenebrosos lugares, ellos se habían refugiado en la ciudad donde nacimos.

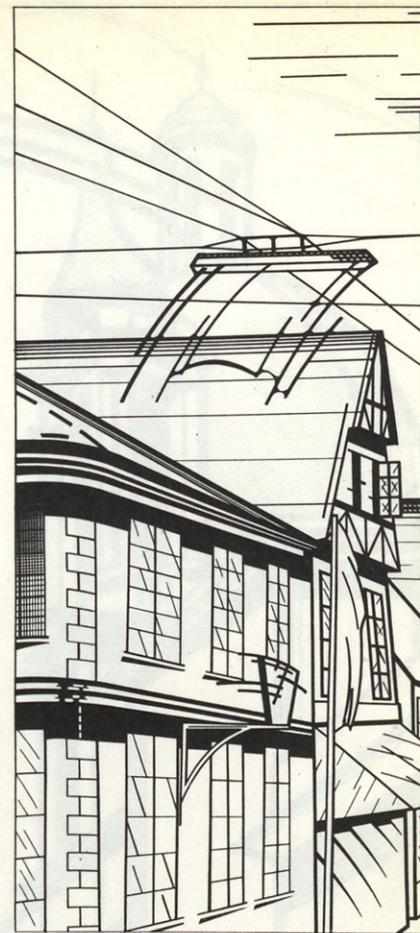
Francisco Calvo Serraller
y Angel González García



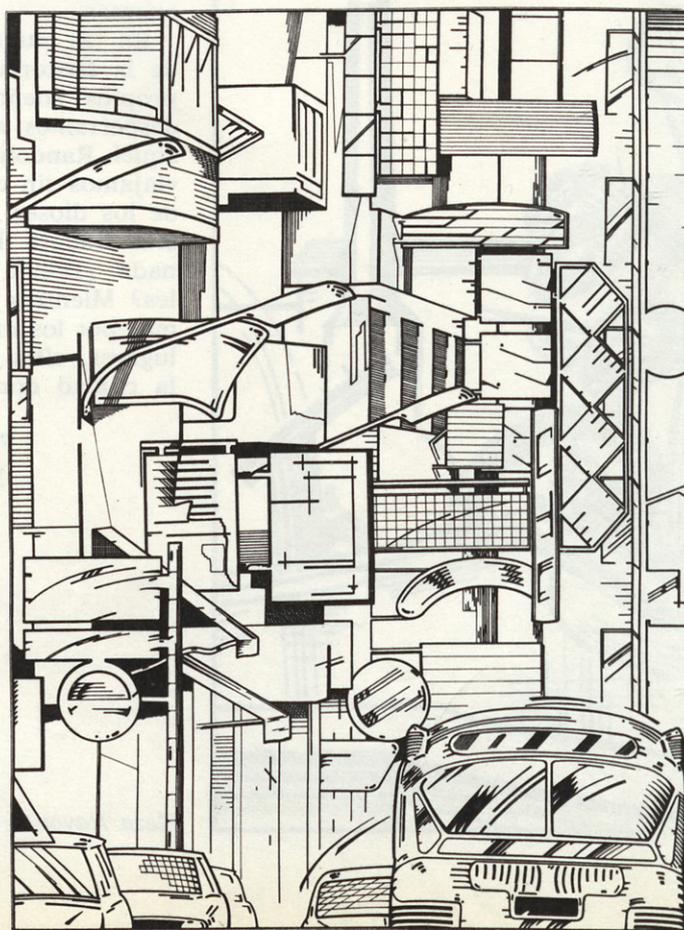
1



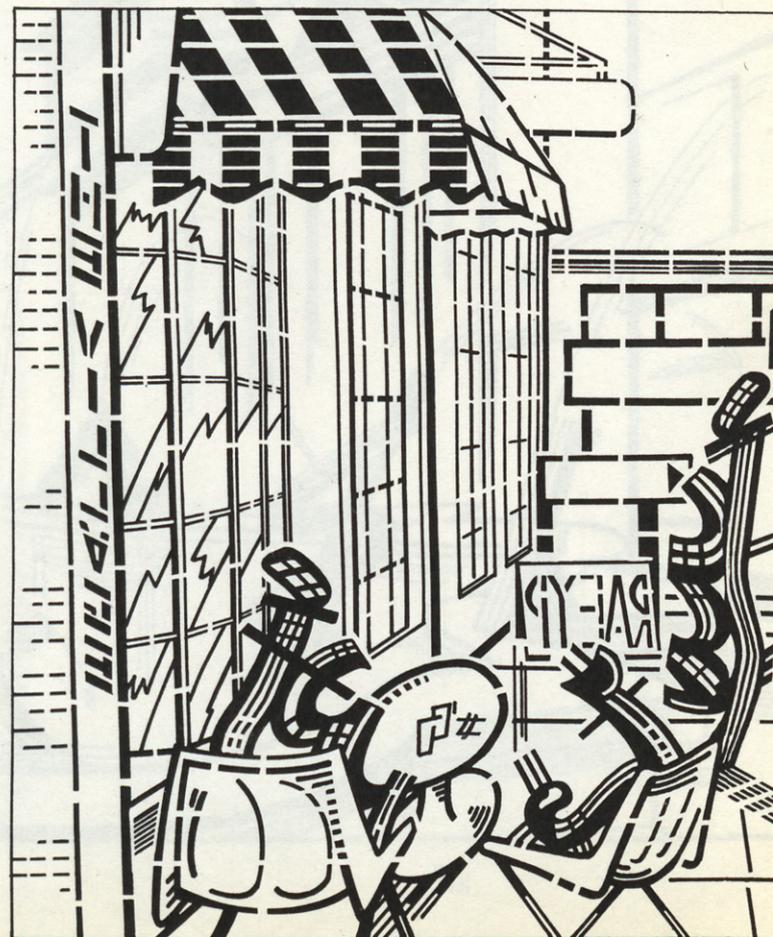
2

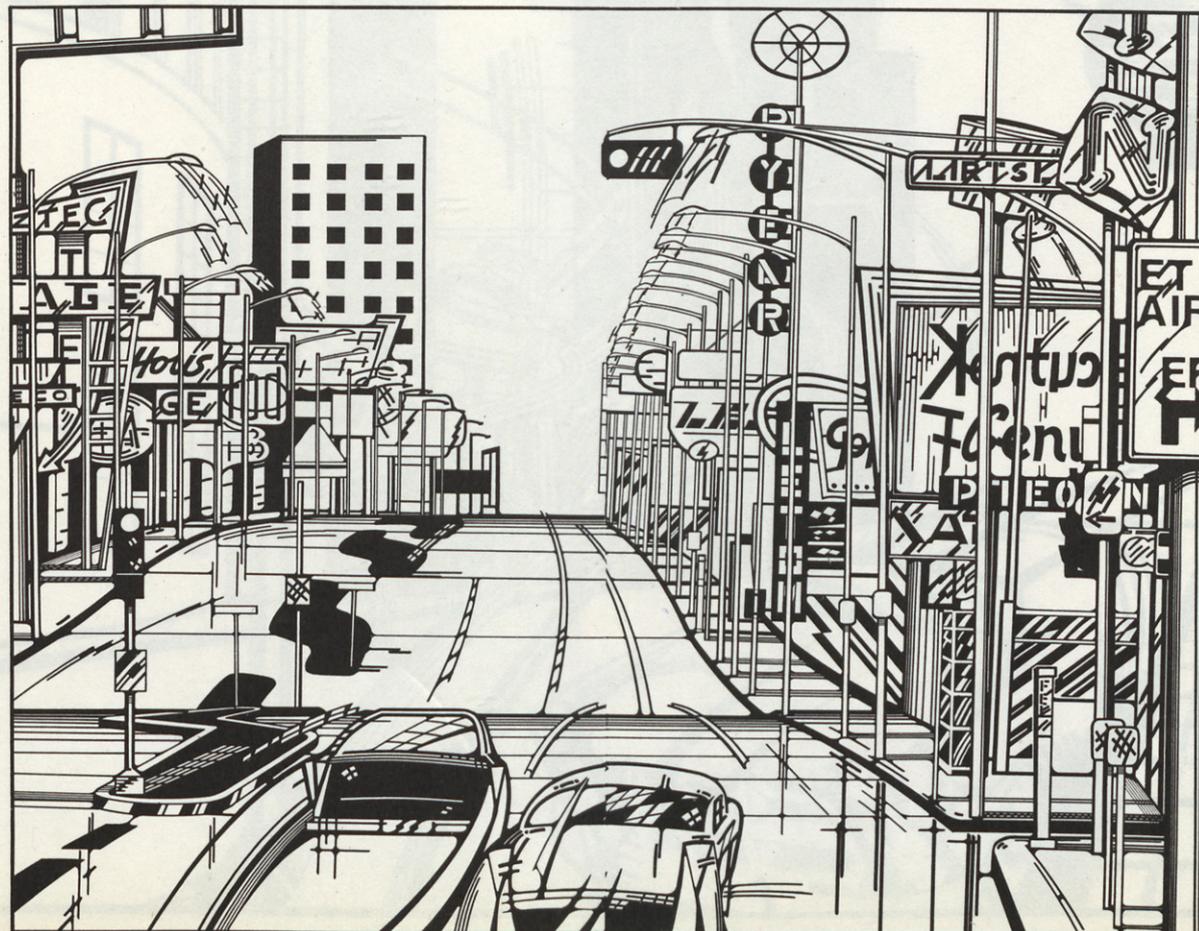
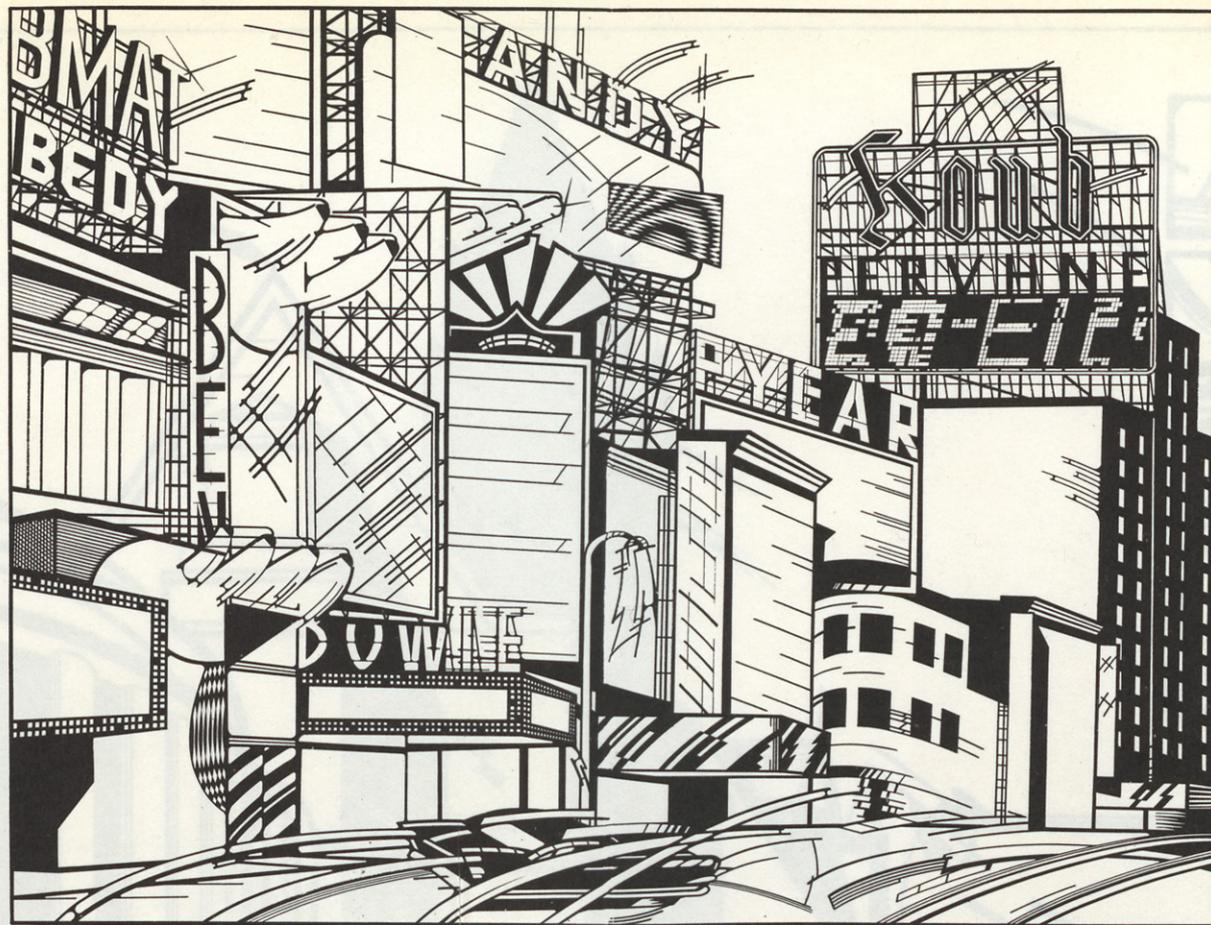


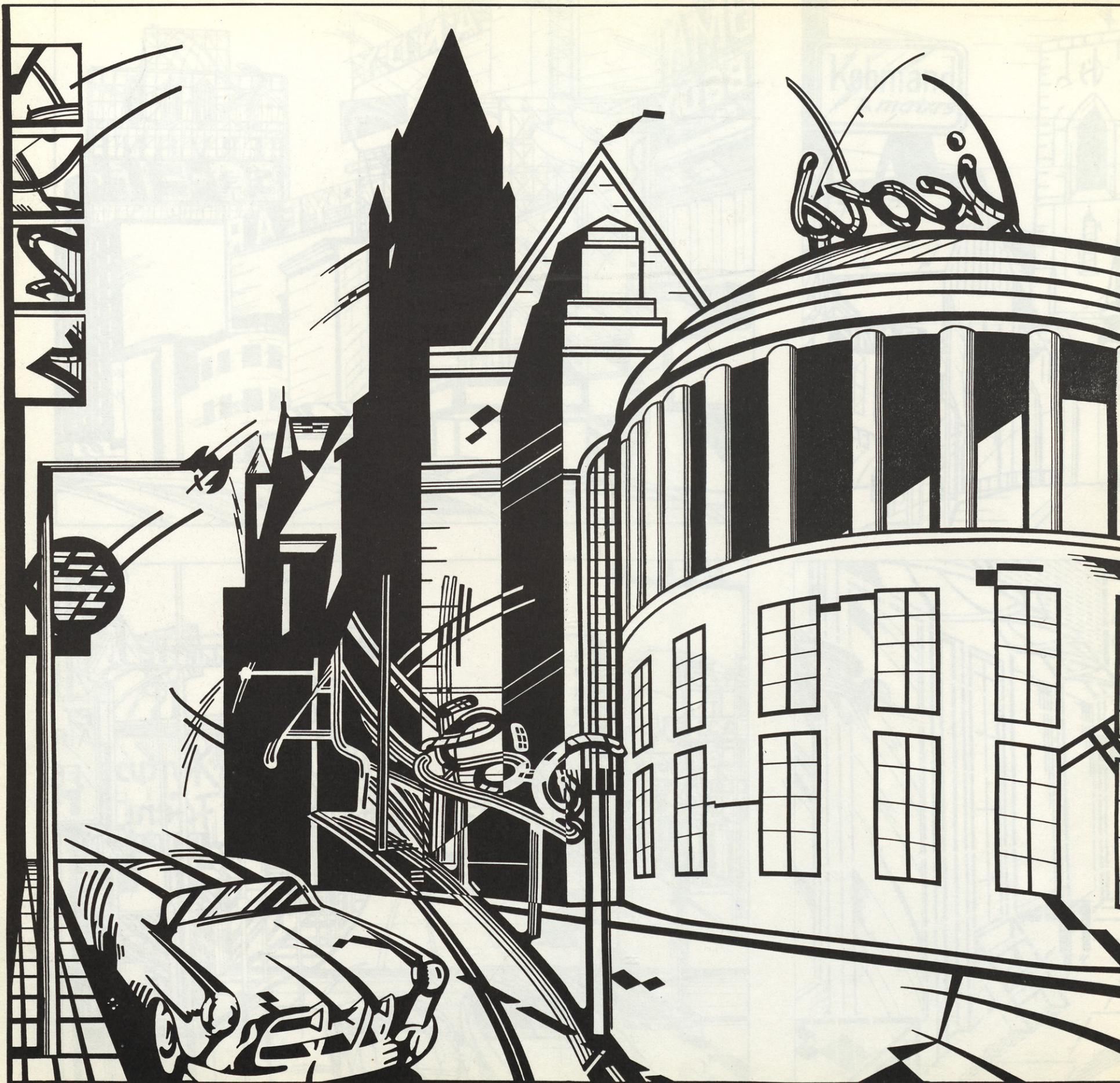
3

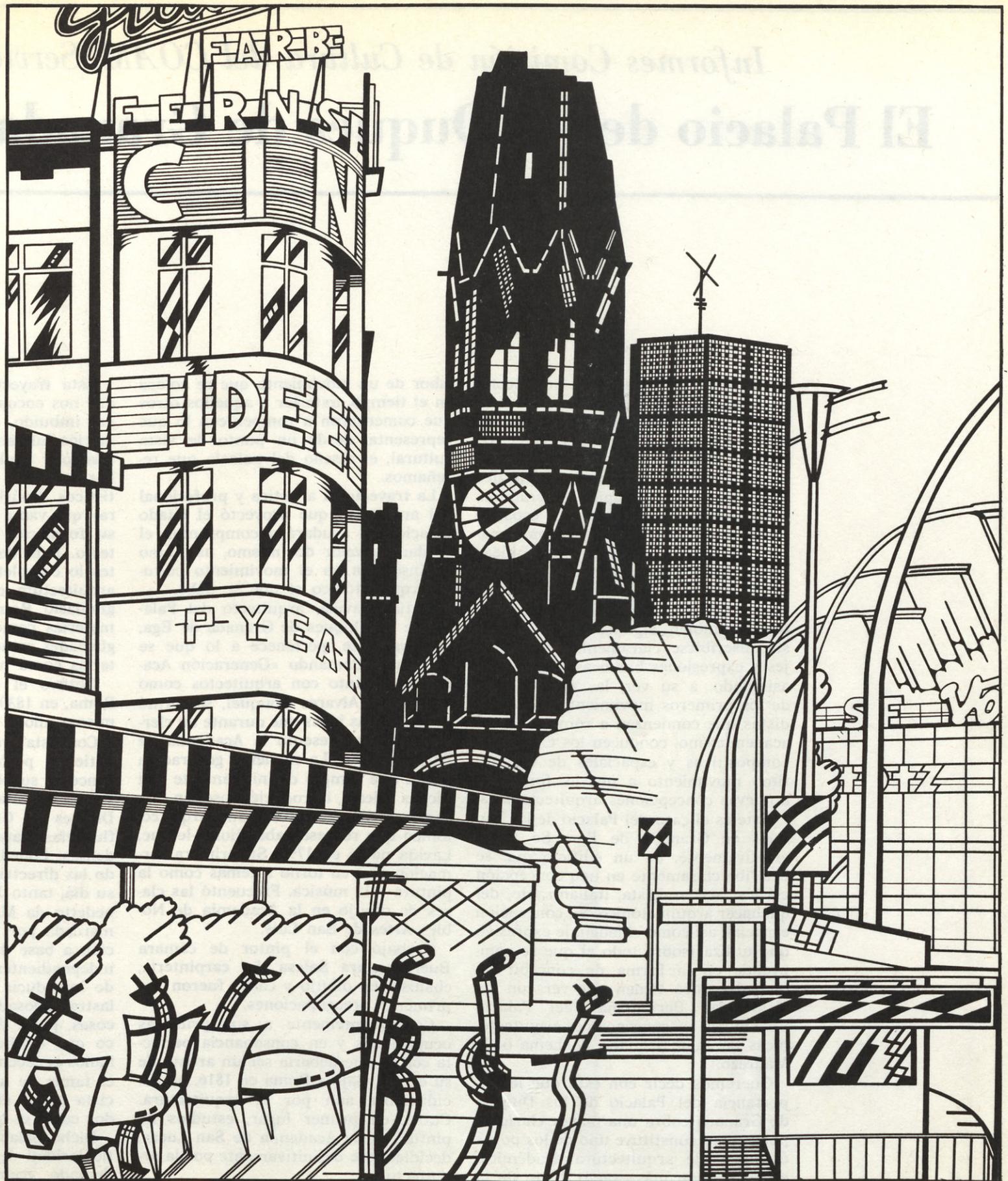


1. Picadilly Circus.
2. Ginza.
3. Ribe.
4. Broadway.
5. Calle (1).
6. Shepherd Market.
7. Strip de Los Angeles.









1. Manchester.

2. Berlin.